

El País.
26/ set / 1958.

EL CENTENARIO DE UN ACTOR

Se ha recordado en estos días el centenario de un actor, cosa inusual en un país carente de tradición interpretativa, y donde los nombres de Casacuberta, Passano, Rico, Pagano, no pasan de ser más que eso: nombres que atiza la curiosidad arqueológica.

Más inusual porque el actor recordado ha sido José Podestá que en rigor no pertenece a la inestable galería de los mejores intérpretes del Plata. Los críticos de su tiempo prefirieron a su hermano Pablo, y tuvieron siempre una amable condescendencia para el creador de esta distancia de actores que fué José Podestá.

Su fama se vincula al conocidísimo episodio de los orígenes del drama criollo, cuando Podestá protagonizara la adaptación circense de la novela de Edo. Gutiérrez, Juan Moreira que en abril de 1886, en Chivilcoy, se puso a hablar iniciando una carrera tan gloriosa como sangrienta, a la que la justicia volvió a poner fin expulsándolo de la escena como antes de la vida.

Hoy sabemos que a pesar de Juan Moreira y de Julián Giménez de Aróztéguy y del Entenao de Regules y de Juan Soldao de Moratorio e incluso a pesar del Cobarde de Pérez Petit, no era una dramaturgia lo que se creaba en el período que llega hasta 1900, sino un estilo tanto interpretativo como dramático.

En ese proceso José Podestá no revela clara perspicacia de lo que está pasando. Su caso, más que otros de grandes actores, ilustra la teoría del medio creador: quienes han seguido en detalle la historia del texto del Moreira que se forma en un período de casi diez años, saben cuántos colaboradores y distintas circunstancias intervinieron. Sospechan también que el acierto de Podestá —actor al fin— consistió en plasmarse instintivamente al querer de la sociedad de entonces.

Podría decirse que toda su vida es expresión de la voluntad de su

Podría decirse que toda su vida es expresión de la voluntad de su tiempo que quería un actor. Aquel muchachito que merodeaba los circos tratando de que le conchabaran, que llegaba a crear uno junto con sus hermanitos, claro que sin más animales fieros que un caballo y un perro, casi sin saberlo daba el primer y riesgoso paso en la carrera de actor. Ese paso fué un paso de payaso.

De aquel admirado inglés que por amor a Rosita de la Plata, la más grácil de las "ecuyere", se exiló en un bárbaro país sudamericano, decía Rubén Darío: "Frank Brown, como los Hauton Less sabe lo trágico de un paso de payaso". Podestá cuando dió ese paso pareció soltar la rienda de un afán de correría que lo llevaría a recorrer durante cuarenta años la cuenca del Plata.

Se limitó a ser "Pepino el 88", a tropezar con los "zanahorias", a contar historias picantes y hasta procaces, a hacer la crítica de costumbres y gobiernos, y a una tarea fatigante y anónima: los ejercicios gimnásticos de cada día; casi casi lo que hoy se llama con nombre más protocolar "lenguaje corporal".

En Pepino hicieron cruz dos tradiciones: una europea, refinada y culta, que tenía un siglo de organización minuciosa y estricta: el circo. Otra invisible tradición: el comportamiento del hombre de esta tierra, su sentido del espacio y su original pauta del ritmo. Por esta cruz se consideró que sólo él podía protagonizar el mimodrama: "Juan Moreira". Eso era en 1884, y durante dos años la familia Podestá —la mayoría de los intérpretes de la pantomima llevaban ese apellido— paseó el espectáculo como final de fiestas de sus funciones circenses.

Ni una palabra: sólo gestos que tradujeran exactamente las palabras y que resultaran tan precisos que ningún criollo espectador exigiera la voz. Tuvo que ser un extranjero, el Monsieur Beaupuy de Chivilcoy, quien por no entender sugiriera la incorporación de las palabras. En esos dos años había germinado el principio de un arte dramático y el principio de un teatro de la acción que correspondía al espíritu aventurero de un pueblo joven. De los años de circo, de estos dos de pantomima criolla, saldría el actor y en particular un actor a quien, por haber descubierto el nuevo sistema de una expresión corporal, ahora recordamos: José Podestá.

Por eso cuando en 1886 la pantomima habló debió hacerlo con idéntica concisión y llaneza que el gesto ya creado. Lo que fué la exactitud de ese gesto puede intuirse por esa frase de ritmo magistral con que Juan Moreira herido por la espalda se dirige a su matador: "No podés negar que sos justicia".

ANGEL RAMA.